

Josue Carreño Villamizar

**BELLACO CAMINO DE INDIOS  
Y CRISTIANOS  
Memoria Histórica**

**(Sic)**  
Editorial

Proyecto Cultural de  
Sistemas y Computadores S.A.

**Bucaramanga**

**2005**

PRIMERA EDICIÓN  
Noviembre de 2005

DIAGRAMACIÓN, IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN  
(Sic) Editorial Ltda.

Proyecto Cultural de Sistemas y Computadores S.A.  
Centro Empresarial Chicamocha Of. 303 Sur  
Tel: (97) 6343558 - Fax (97) 6455869  
Bucaramanga - Colombia  
E-mail: siceditorial@syc.com.co  
www. siceditorial.com

ISBN: 958-708-168-4

PRODUCCION EJECUTIVA:  
Gloria Quiroga Pardo

REVISION HISTORICA:  
Ariel Parra Sanabria

REVISION TECNICA:  
Omaira Esteban Tarazona

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,  
por cualquier medio, sin autorización escrita del autor

Nota del Editor

La corrección de la edición ha sido responsabilidad del autor.

Impreso en Colombia

*Sancho: Yo cristiano viejo soy, y para ser  
Conde esto me basta.*

*Don Quijote: Y aún te sobra.*

*Cervantes.*



## PRÓLOGO

Año del Señor de 1548. Este es un delicioso viaje por el libro polvoriento de añejas crónicas presumido, bien vale un Potosí acompañar su juiciosa lectura con un espirituoso vino de Jerez de la frontera.

Es una extraña joya para algunos seres que no conocen aún el poder de la misericordia, ese tendón amoroso del corazón humano.

Va escrito para aquellos que detectan el poder, el oro y el dinero, dioses y señores de la gloria vanidosa de este mundo. Ellos no aprenden del cansino caminar que tarde ó temprano los hará volver por la senda trillada de espinas y de abrojos, eternos amigos del viajero.

Es la vaga historia de unos pocos ambiciosos que mandaban sin medida ni control alguno y muchos otros que mansos estaban obligados a obedecer; el hacer lo contrario era acceder sin fórmula de juicio a la muerte ignominiosa y cruel.

Este es un hilacho atrevido, burlesco y leguleyo de la memoria colonial.

Es un pedazo del tejido de la historia del pueblo de Vélez, amorosa madre de Santander.

Es bien quisto transcurrir por sus atestadas calles perfumadas del dulce olor de la guayaba. Allí veréis al jinete presumido bien montado en el negro alazán de blancas pintas moteado, acompañado de un intenso frío penetrante; a la dama elegante y prevenida, toda ella vestida de negro ropón que corre presurosa a la misa del Ángelus; al gachupín altivo y cortés que a pasos lentos observa correr sórdidas las horas del juego de la jota y de las cartas; al mercader despavorido y cauteloso que se desplaza cuán largos son sus pasos al mercadillo de la plaza alta; al cura sermonero de largo hábito ceñido que anda precavido hacia el púlpito sagrado; al fraile racionero del convento que corre inquieto por el tráfico de confesiones impelido; al mísero indio ganapán que cojea adoloridas sus espaldas del pesado fardo agobiado; al soldado altanero de pasos cortos que amenaza canallesco con sus fríos ojos y con su arcabuz al hombro. Misterioso trajín es este.

De todos maneras, cansados y socorridos los febriles caminantes después de un largo transitar por el endiablado camino al carare abordan sudorosos a las anchurosas arcadas de su vetusta iglesia atravesada, como cualquier arisco veleño que se precie dello a saludar con amoroso cariño al Amo Bendito de esta casa.

Adonai Laguado Pulido

La primera vez que oí mentar a Pore fue el día que estalló el volcán de Chipatá de labios del doctrinero Fray Martiniano Sánchez, de los Arce del Carare, cura profeso de nuestra seráfica orden de San Francisco.

— Espero de vuestra grata visita en mi casa solariega de Vélez para poder discutir de esos asuntos tan gravosos que aquejan la salud del género humano, me dijo. Mientras me alargaba su diestra mano mostraba una amplia boca repleta de amarillos dientes de oro.

Este sin igual día, para colmo de desgracias, el aire se llenó de espesas nubes de partículas de polvo y cenizas que mataban a los hombres y hacían la respiración en extremo dificultosa. El suelo temblaba sulfuroso con truenos subterráneos que a la corta distancia de cien leguas sonaban como disparos de artillería. El espanto y la confusión parecían decretados a propósito por la naturaleza para destruirlos. “Empezó a llover tierra de los cielos que cegaba a los hombres y a las bestias, de tal suerte que los árboles y arbustos estaban llenos de polvo”.

— Pájaros de candela parecen ser señor deán, gritan inquietos los indios señalando el cenizo cielo revuelto, mientras el terror pintaba de blanco sus cetrinos rostros.

— No son tal, malditos idólatras, es el Espíritu Santo que se digna a bajar del alto cielo para iluminar de luz vuestras negras almas hechas tinieblas”.

Transcurrieron ocho largos días. Mi preocupación y primer cuidado fue el ir a visitarlo personalmente a Vélez, previendo

que ante revelaciones de esta índole nunca se es bastante desconfiado. Sánchez era un eclesiástico acuariano henchido de santas escrituras amante celoso del misterio y de la fantasía, además de ser un excelente conocedor de la provincia, la había transitado a pié, palmo a palmo. A la tierna edad de noventa y cuatro abriles, es el más amable y circunspecto de los hombres. De mirada franca y profunda y rostro sonrosado, socarrona su conversación suavizada por una nivea cabellera. En su casa parroquial severa y desnuda como la celda de un cartujo, estuve hablando largo y tendido con él bajo un tenue aroma a mansarda y benjuí.

—¿Hablamos de Ursúa?. Escanciando por enésima vez las copas de un inolvidable licor, rojo carmesí “Jerez de la Frontera”, me miró a la cara y sin elevar su bronca voz sonriendo, me dijo: comprendo que se interese usted por este tenebroso sujeto, también a mí me apasiona, pero tengo que prevenirle: eso entraña cierto peligro, aún desde el más allá puede causarnos la muerte.

Desde esta última vez, jamás lo volví a ver con vida, se marchó para siempre sin lograr despedirse mi buen amigo y confidente el cura Sánchez. Todo hace suponer que en la mañana del “día de todos los Santos” de ese mismo año, por la madrugada estaba bien muerto, completamente vestido sobre el brillante piso de la sacristía. El motivo de este hecho de sangre, por lo menos en apariencia, era baladí. Las huellas del asesino se perdieron para siempre en el infinito tiempo. Sobre este horrible drama reinará como es natural, el misterio más absoluto, además no hubo ningún testigo, ningún

sospechoso, ninguna pista. Solo Dios conoce al culpable. Este alevoso crimen jamás será esclarecido.

Muchos ignoran talvez, que la herramienta del investigador sagaz no es el pico ni la pala, sino el cerebro. También les falta esa pizca de locura que es el único camino capaz de espolear el razonamiento práctico hacia las verdes llanuras del afortunado descubrimiento.

Terminada la larga visita al regio palacio de los espejismos, he decidido volver a la cruda realidad del dulce hogar paterno. Porque antes de iniciarme en las labores de este diabólico trabajo, antes de creer en estúpidos cuentos de brujas he querido asegurarme con revelaciones, documentos y buenas razones si el buen padre no estuviese involucrado en la búsqueda de guacas o tesoros de indios. Desgraciadamente, todo vine a saberlo cuando ya era demasiado tarde: el Cura Sánchez estuvo haciendo de abogado del diablo. Yo lo comprendo, alguien debió encargarse de hacer el trabajo sucio. He resuelto pues, forzar los acontecimientos. ....me marchó presuroso a España.

Fue una atrevida empresa particularmente engorrosa y sumamente difícil el salir con vida al tratar de recuperar estos horribles manuscritos bien encubiertos y protegidos por la moderna seguridad de Internet en poder de la corona española. Sevilla es una ciudad llena de deliciosos encantos, de peligrosos momentos de tensión y acoso permanente de la azul gendarmería, pues son los mismos perros con distintos collares los que cantan y bailan por dineros. También la elegante y pernicioso corte de Madrid posee muchos y

poderosos secretos y no está muy interesada que se conozcan estos sucios ropajes que hacen parte del corazón oscuro de su nefasta leyenda negra en América. Pero no importa lo que haya pasado. Lo seguro es que lo hemos logrado, yo y mi amigo canario Don Gregorio Pérez, a quien le guardo eterno agradecimiento por haberme salvado la vida, pues casi la pierdo en franca huída en el peligroso aeropuerto militar de Getafe en Madrid.

Tal parece que la impredecible historia se complaciera en demorarnos el eterno desquite después de quinientos años de su largo transcurrir. Por fin, hoy, después de tantos años de espera se conozcan los verdaderos hechos de la sangrienta exploración a Pore y Maporiche y sobre todo que recaiga, así sea demasiado tarde, todo el peso del gravoso juicio de responsabilidades, todo el pesado fardo de la ley, toda la verdad sabida y todo el andamiaje criminal sobre el cual se montó tamaña y felona violación al más mínimo de los derechos humanos: La vida. Los criminales ya pasaron a mejor vida y recibieron su justo castigo. Solo nos queda recuperar la memoria perdida de los vencidos, nuestros hermanos naturales, quienes si gozan hoy de eterna paz y vida. Ellos no han muerto, viven en nuestro palpitante corazón y en nuestra fresca memoria en amorosa recordación. “Adjudic sub judice lis est”.

Quisiera guardar profundo silencio sobre estos hechos tan dolorosos que sucedieron hace ya largos años en tiempos de la incipiente colonia. Sucesos estos que dejan muy mal parados a sus nefastos actores por los alevosos crímenes cometidos contra los naturales del Nuevo Reyno de

Granada. Lo hago sin embargo, como un deber de la conciencia, con el dolor que ello conlleva, como un respetuoso homenaje a la Justicia, como un acto puro ofrecido al altar del sacrificio de unos indefensos seres asesinados por una oscura y pérfida soldadesca proveniente de las profundas fauces del infierno al mando de un maléfico demonio mimado por los hados del poder y la fortuna. Quizás, las páginas amarillentas, tristes, desteñidas puedan sacar del olvido, al decir del bardo, esta rara y olvidada historia con olor a sangre y pólvora, a dolor y lágrimas y logren conmover paso, casi al oído, la adormilada conciencia del impasible y siempre ocupado hombre moderno, quien deja los asuntos serios para mañana. Fue pues, un delito de lesa humanidad, por lo tanto, el universal sufrimiento durará toda la vida.

Podéis olvidarlo si queréis, estáis en vuestro justo derecho. Pero no aleguéis inocencia cuando os llamen a declarar por unos hechos de los cuales todos fuimos culpables en tiempos idos, unos en poca y otras en gran medida. Solo existe un seguro remedio: despertar vuestra conciencia del letárgico sueño en que os tiene subyugado el hombre primario. Estad atentos para no volver jamás a cometer aquellos bárbaros momentos de muerte, traición y felonía que hacen sonrojar al más miserable de los seres vivos: el hombre.

Hay hojas de papel escritas con sangre inocente que desearía arrancar con vehemente y santa violencia del sagrado libro de la historia. Ellas deprimen el carácter de una raza, pero es imposible. La obligación moral del investigador es oír fielmente los gritos desgarradores que parten el corazón de

los sacrificados que claman venganza desde el más profundo olvido y como cobrador de una añeja deuda que se paga con elevados intereses. Existe una correspondencia natural. Todos somos responsables de todos. Tu vives por mí, yo vivo por ti. Pero el hombre no ha aprendido la dura lección, sigue aún hoy cometiendo toda clase de desafueros, masacres, desapariciones y flagrante violación de los más elementales derechos humanos.

A oídos del doliente Pablo III llegó también el lamento del pobre indio. Solícito su Santidad dictó la “Sublimis Deus”, bula que envió a las Indias a procurar remedio y librar un poco al natural de las garras del español carnicero. “Nos, consideramos que los tales indios son verdaderos hombres, capaces de entender la santa Fe Católica. Nos, definimos y declaramos no obstante lo que se haya dicho o se diga en contrario, que los tales indios y todos los que mas tarde se descubran por los cristianos, no pueden ser privados de sus libertades por medio alguno ni de sus propiedades, aunque no estén en la fe de Jesucristo y podrán libre y legítimamente gozar de su libertad y de sus propiedades, y no serán esclavos, y todo cuanto se hiciere en contrario, será nulo y de ningún efecto”.

En esta parte del Reyno, terreno fértil de hidalgos y de turmas habitan pueblos de gente altiva y orgullosa, que gustan de los negocios peligrosos de la guerra y que solo se rinden después de muertos, pero mueren contentos porque aseguran tener alas para volar bien alto.

Veis ese pueblo que está a la vista de vuestros ojos, es Vélez. He de advertiros que tiene la pasión del fuego. Ni el vicio lo seduce, ni adora la virtud porque no ha aprendido ni olvidado nada de su glorioso pasado, que carga hoy como pesado fardo. En los días de Saturno, el dios humano, el poder durmió en sus tierras, prefiriendo morir en pos de la guerra que dormir bajo el dominio del hambre. Son buenos tejedores de palabra, porque mas murmuran por vanidad que por malicia. Es curiosa esta gente que se halla bien cerca de los dioses taciturnos henchidos de sabiduría, pero sin ninguna hinchazón de envidia, talvez por ello son eternos como el sol.

Por aquellos temidos tiempos vino a las Indias Fray Jerónimo de San Miguel, milagrero, quien tocó con dureza las llagas de una sociedad cruel y perversa. Como la mayoría de los satíricos, era en el fondo un cochino sentimental. Sus profundos ojos negros estaban siempre prestos para abultar los sensibles defectos de una enfermiza casta, y su acendrado cinismo no era más que su forma natural de expresar la indignación que le causaba la presunción, la soberbia y la codicia de los conquistadores, como actuaciones fallidas que nadie perdonara.

“Cuando a este Reyno llegamos, hallamos en él muy grandes y la gente muy alborotada, porque había nuevamente llegado el licenciado Zorita para tomar residencia por mandado de Vuestra Alteza al Licenciado Miguel Díaz de Armendáriz, lo cual hacía como hombre sabio y experimentado con muy gran cordura. Empero, como algunos conocieron en él tanto deseo de hacer justicia,

sabiendo que les podría venir mucho daño, por algunos agravios y no pequeños, especial contra los naturales, empezáronse a alborotar, sin tener causa para ello, sino solo el temor que de ser castigados tenían. Y para esto hallaron muy gran favor, según muchos públicamente dicen, en los oidores que Vuestra Alteza había enviado; los cuales en diversas casos contradijeron al Licenciado Zorita y no le dejaron libremente tomar su residencia ni hacer lo que a su oficio convenía”.

Fray Jerónimo oía misa diariamente y leía el libro de horas; además daba limosna todos los años por el deber de la conciencia. De él nos quedan grabadas sus manos vigorosas, unas manos grandes, fuertes, nerviosas; dobladas con visible esfuerzo y orientadas en dos actitudes: la de orar y la de dar, las dos benditas manos que le habrían de salvar para siempre del infierno.

No hay ninguna duda del buen corazón de este Frayle franciscano en defensa del pobre indio. Tenía la extrañísima figura de un sesentón de gentil porte y distinción. Descalzo y vestido con un áspero sayal, ceñida su cintura con una cuerda, dormía en el duro suelo sobre una tabla y solo comía maíz y fruta. El se encargó de construir una sólida leyenda que ha logrado sobrevivir hasta nuestros días sin perder su vigorosa frescura. El lóbrego camino que tomó fue el de la soledad, enfrentándose sin escape a las excitantes tentaciones. Fue ante todo un ansioso buscador de soledades y desdén hacia todo consuelo, ya que no lo visitaban los ángeles, ni la gracia de los éxtasis, ni aún recorriendo siquiera los senderos mas trillados de la santidad. Fue, en fin, su vida la de un eterno perseguido. Estaba lleno de una profunda serenidad

y de un carácter grave y silencioso. Ellos fueron sus rasgos esenciales, como propiedad del corazón.

Además, pertenecía a una época polemista, nunca hablaba, si no era antes preguntado. No gozaba tampoco de buena salud. Allí en Santa Fe, enfermó del corazón, la enfermedad de los místicos: un tabardillo diagnosticado tardíamente le acarreó graves y profundos padecimientos y dolores, y que al final de la jornada fue el agente último encargado de llevárselo a la tumba.

“No haría yo lo que debo, ni cumpliría con lo que a mi conciencia conviene, sino diese cuenta a vuestra Real Alteza de lo que toca a los tratamientos de los naturales. Primeramente quiero decir que en este Reyno, aunque es poca tierra se han hecho tantas y tan grandes crueldades que si yo no las supiera de raíz y tan verazmente, no pudiera creer que en corazón cristiano cupieran tan crueles y fieras inhumanidades porque no hay tormento tan cruel ni pena tan horrible que estas, que de muy servidores de Vuestra Alteza se precian, no hayan experimentado en estos tristes y pobrecitos naturales. Porque unos los han quemado vivos, otros, les han con muy grande crueldad manos, narices, lenguas y otros miembros; otros, es cierto haber ahorcado gran número de ellos, así hombres como mujeres; otros, se dice, que han aperreado indios y destetado mujeres y hecho otras crueldades, que en solo pensarlas tiemblan las carnes a los que algo de cristianos tienen. Estos son los servicios que acá a Vuestra Alteza se hacen y por los cuales piensan ser remunerados. Ahora, ya el tratamiento de ellos es más moderado, aunque, como de ninguna de las crueldades

pasadas ha habido castigo, no pueden dejar de tratarlos con derramamiento de sangre y otros tormentos”.

No puede causarnos ningún rubor, afirmar que Fray Jerónimo pertenecía a esa extraña época en que el pecado, la injusticia y la insensibilidad más atrevida ante el dolor ajeno iban unidos al más vivo arrepentimiento, a la confesión, al cilicio, a la piedad heroica. Sus ambiciosos sueños de justicia rebasaban con sobrado juicio la realidad por anchurosa que esta fuera. El secreto de su fuerza interior residía en el vehemente deseo y nunca bien satisfecho deber de querer revelar el sigilo de las cosas más humildes.

“Yo y mis frailes, en los púlpitos, no dejamos de hacer lo que a nuestro oficio toca y decir y reprender los agravios que a los indios se hacen, empero, como la verdad es odiosa y nunca ellos han sido reprendidos de ello, paréceles mal y aborrecénnos y empezarán a nos perseguir y amenazar. Y tengo por cierto, que si vuestra alteza no nos diere muy gran favor, que ni nosotros podremos entender en la conversión de éstos naturales, ni tampoco permanecer en esta tierra”. Porque inconveniente es decirlo, pero las Indias es refugio y amparo de los desesperados de España, Iglesia de los alzados y remisos; salvoconducto de los homicidas; pala y cubierta de los jugadores a quien llaman ciertos fulleros “los peritos en el arte”; añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio de pocos.

“Y deseo que tenga creído Vuestra Alteza de mí, que no dejaré de escribir lo que al descargo de Vuestra Alteza conviniere, ni escribiré cosa que por mis ojos no haya visto y no tenga muy bien encaminado”. Con el fino humor que

lo caracteriza dice, más adelante que: la soldadesca era para los indios el granizo que preferían ver caer mejor en la casa del vecino.

“Aunque los en estrados se manda lo que es justo, fuera de ellos, se disimula lo que no es razón de disimularse. Esto digo, porque se mandó no llevasen los que allá fuesen sino los indios ladinos que en su servicio tenían y guardose tan bien, que no solamente llevaron los suyos, empero aún hurtaban los ajenos, de los cuales vi yo muchos atados y con colleras y otras prisiones, llorando y dando gritos, aunque les aprovechaba poco, y como acá aún tenemos muy poco favor, no lo pude remediar. Y ya que en el pueblo no hallaron tantos ladinos como era menester, salían a saltar por los caminos y tomar por fuerza los indios que irían a sus labranzas y mercados, y así los llevaban atados y presos, de manera que con cien indios ladinos, llevaron por lo menos seiscientos que no lo eran.

Yo lo dije a (roto)... y respondieron que ellos no sabían tal, aunque creen muchos que era nos disimular, que no lo saber. Tenga por cierto Vuestra Real Alteza, que de seiscientos indios que habrán llevado sin los ladinos, que ninguno ha de volver, antes quedarán por allí muertos, porque son gente que en sacándoles de su natural, se mueren, como ya se sabe por muy cierto. Si Vuestra Alteza permite esta manera de poblar cincuenta casas de españoles, se despueblan quinientos o más de indios”.

Es muy cierto, que llegaron un aciago día. Venían presurosos del viejo Reyno, causaron profundo dolor al alma

del inocente y luego se atrevieron a marchar muy lejos de la vida,.... a parir desventuras. Es natural que los dichos españoles no podían alegar ignorancia porque las dichas leyes prohibían expresamente la muerte, el maltratamiento, la deportación o cualquier otra forma de eliminación o extrañamiento de los naturales de este Reyno.

“Su majestad convida a mandar lo que manda en lo tocante a los que mataren o hirieren o maltrataren indios. Así la ley divina, que sin distinción manda que el que derramare sangre de otro, la suya sea derramada, como la natural, fundada en proximidad, abrazada a sí mismo con la evangélica que es que queramos para nosotros lo que para el prójimo, como lo son los dichos indios, nuestros prójimos, y por el contrario, lo que para el prójimo deseemos sea para nosotros, como asimismo todas las leyes positivas que defienden y amparan a los desamparados, y que de favor y justicia a los que necesidad tienen, como lo son los dichos indios. Los cuales no lo serían tanto como lo son, si los españoles tuviesen cuenta el descargo de sus conciencias. Y puesto caso que lo dicho cesare, que no cesa mas antes es cierto, ha sido tanto el desorden que en lo tocante al dicho tratamiento los españoles en estas partes han tenido, que si su majestad no pusiese riguroso remedio dejaría de ser cristianísimo, como lo es, y tomaría sobre sí nuestras faltas y excesos, pues por no los mandar refrenar, de cada día crecería como es cosa natural por la inclinación humana. Y no es razón concluyente decir que si los indios supiesen del tal castigo que habían de haber los españoles, procurarían modos y manera por donde ser maltratados, pues eso repugna y es contrario a la ley natural y a divina y a humana,